

que lo levanten. Lleguemos que como está clavado no nos herirán sus manos: no, antes ahora maniroto nos desea hacer beneficios. ¡Oh Dios amoroso, qué afligido os veo! ¡qué estirado en ese palo os contemplo! ¡qué cosido á ese árbol dichoso os medito! ¿No bastaba á vuestro cariño abrazaros con la Cruz, sino que en ella os enclaven? Sean esas esquinadas puntas las que hieran nuestras almas; para que con el dolor lloren los ojos lo mucho que os ofendimos. *Señor, pequé etc.*

En la duodécima estacion y en las dos subsecuentes, se saca ánima del Purgatorio.

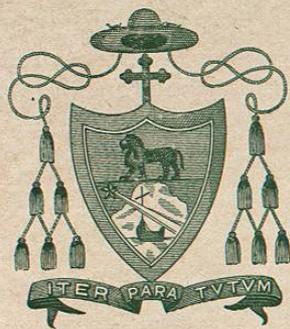
DUODECIMA ESTACION

Ya murió mi Redentor
En la cruz atormentado,
Si la causa fué el pecado
¿Cómo vive el pecador?

Considera, alma cristiana, como despues de enclavado el Hijo del Eterno Dios en el árbol santo de la Cruz, lo levantaron en alto dejándolo caer de golpe en el hoyo que tenían hecho en una dura peña, poniéndolo á vista de todo el pueblo en medio de los ladrones, que tambien ajusticiaron en su compañía: desangrábase el Salvador por las roturas de los piés y manos que se iban alargando con el peso de su santísimo cuerpo.

Alabado sea mi Dios y Señor.

¡Oh almas! por aquí os convida Salomon: venid venid y oireis la confusa vocería de las gentes divididas. A unos vereis llorar, pero muy pocos, á muchos blasfemar y maldecir. Acérqueme yo á



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

los que lloran, y huya de los que maldicen y blasfeman. Este es el espectáculo mas doloroso que pudieran imaginar todos los siglos. ¿Un Dios humanado entre ignominias? ¿Jesus en medio de dos ladrones? ¿Una Madre que no hay voces para decir sus ahogos, su llanto y desconsuelo? Entre el cielo y la tierra han puesto nuestros pecados al Supremo Hacedor de la tierra y cielo, y no me admira se quebrantasen unas con otras las piedras, que el velo del templo se dividiese, que se abriesen los sepulcros, que el sol y la luna se eclipsasen, y que la naturaleza toda se alterase, pues que padece el autor que la conserva. ¡Oh Cruz dichosal ¡oh Cruz amada! ¿cómo retirais de nosotros á nuestro amoroso bien? Ya conozco que no lo merece el mundo, pues ni aun conocerlo quiso: mas ya lo confiesa el alma y lo adora el corazón.

Dadnos, leño santo, á nuestro amante Jesus, despréndelo de tus brazos y entrégalo á María, para que descanse en los suyos. Pero ay dolor, que está á punto de espirar! ¡Oh quién llegara al Calvario antes que acabara la vida para oír alguna palabra tierna que consolara mi alma! Pues, cristiano mio, escucha siete que son las últimas que habló. Perdonó á sus enemigos: dió á su Madre por hijo á su amado discípulo Juan: señaló á este por hijo de la mas angustiada y dolorida de todas las madres: prometió el Paraíso al buen ladrón Dimas: pidió de beber, porque con las ansias de la muerte tuvo sed y le dieron hiel y vinagre: lamentó su desamparo, y por último, ya espira nuestro muy amado Jesus, y con voz trémula y balbuciente levanta sus moribundos ojos al cielo, y la última palabra que dice á su Eterno Padre,



VALVERDE Y TELLES
FONDO EMETERIO

es: Padre mio: en tus manos encomiendo mi espíritu, é inclinó la cabeza.

Se reza un Credo,

Ya murió mi amor, ya acabó mi Jesus, pendiente de tres duros clavos, desnudo y avergonzado, en medio de dos ladrones, y acusado de todo el pueblo, quedando su Santísimo Cuerpo exánime, desfigurado, denegrado y lleno de llagas: piés y manos barrenados con duros clavos de hierro, la cabeza taladrada con juncos marinos, su rostro afeado, escupido y abofeteado, el que era la flor de Nazaret, la belleza de los cielos, el espejo del Eterno Padre, el encanto de su tiernísima Madre, el recreo de los ángeles y el escogido entre millares: quedó con las inmundas salivas desfigurado, descompuesto á estirones, quebrantado y desunido todo el artificio de la naturaleza, despreciada la divinidad, despedazada la humanidad, y en fin difunto el que nos anima y conserva la vida. Así lo miraba su Santísima Madre; desaliñado y sin adorno, de que nadie lo reputara por hombre, sino por el mas desdichado gusano; así lo dice su Magestad.

¡El oprobio de los hombres y el desecho de la plebe es mi Hijo, mi Redentor y Padre! Afligida la Señora del mundo, al verse tan pobre y destituida de todo cuanto era Señora, que ni tenia escala para bajarlo, sábana para envolverlo, sepulcro para enterrarlo, ni fuerza para ejecutarlo, porque estaba mas muerta que viva la Madre de la misma vida. San Juan y la Magdalena llenos y ocupados de notables sentimientos, unos y otros vivían de milagro; pues los desahogos de sus amorosos corazones todos eran lágrimas de tribulación, y estas muy copiosas y abundantes.

La ocupacion de los sayones toda, era sortear las vestiduras: la de la plebe despreciar al Señor crucificado, y reprender con mofas, risadas y escarnios á María Santísima. ¡Oh bárbaros, insensatos! ¡oh ignorantes, oh infames! ¿Qué mejor Hijo, ni qué mejor adorada Madre? Todas estas blasfemias y burlas añadían penas sobre penas, martirios sobre martirios, á aquel purísimo corazon.

Todas las amorosas ansias de esta gran Señora eran de dar sepultura á su Hijo querido: tocábale de justicia este cuidado, porque era despues de Dios única dueña de aquel tesoro. Quejábase con San Juan y la Magdalena, hablaba con los santos ángeles y les decia: "Ministros del Altísimo, ayudadme á bajar de la Santa Cruz al que ama mi corazon, á mi querido Jesus; ó á lo menos presentad, ante el divino acátamiento mis justas quejas:" cuando estando en estos tiernos, cuanto dolorosos coloquios, se acerca un tropel de gente de á caballo, y oyendo á estos, dijo la afligida Madre: "¡Ay de mí, que llega ya el dolor hasta lo sumo de mi corazon, que se me divide en el pecho! ¿Si por ventura no estarán satisfechos los judíos de haber muerto á mi Hijo y Señor? ¿Si pretenderán ahora alguna nueva ofensa contra su sagrado cuerpo ya difunto?" Así fué como se lo avisó su recelo en cuyo momento llegados que fueron, un soldado llamado Longinos, arriándose á la Cruz de Cristo nuestro Redentor, le hirió con una lanza, penetrándole su santísimo costado, abriéndole una profunda herida de la que salió hasta la última gota de sangre que tenia aquel sacrosanto cuerpo ya difunto. Esta herida que ya no pudo sentir el yerto cadáver, la sintió María Santísima, recibiendo en su sacro-

santo pecho aquel inmenso dolor, como si efectivamente recibiera la herida; herida fué para su alma, que viendo la nueva crueldad con que habían abierto el costado á su difunto Hijo, olvidada de aquel tormento, la movió su abundantísima caridad y su inmensa piedad á decirle á Longinos: "El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia por la pena que has dado á mi alma." Aquí no mas llegó su enojo, ó por mejor decir, su abundantísima mansedumbre.

¡Oh llaga divina, oh puerta del amor! Deja que mi alma entre por ella. ¡Oh Señora de los cielos, y lo que os deben los hombres! Todo el dolor de la herida fué vuestro, y el provecho y utilidad para nosotros. ¡Oh rios de misericordia indecibles! Lavad, gran Señora, con esa sangre preciosa, con vuestras lágrimas divinas, nuestras almas y corazones, y si por lanzada se da gracia, como sucedió á Longinos solo porque vos así lo pedisteis, muchos auxilios debo esperar de Dios, porque le he herido muchas veces con lanzadas de pecados.

Señor, pequé etc.

DECIMA TERCIA ESTACION

Los clavos ¡qué compasion!

Y corona le quitaron,

Y á María los presentaron

Partiéndole el corazon.

Considera, alma, que habiendo llegado José y Nicodemos, habida la licencia de Pilatos, á donde estaba el Salvador y su Santísima Madre con todo lo necesario para bajar el sagrado cadáver, postáronse á los piés de María y la pidieron perdon

con muchas lágrimas de no haber podido impedir el que quitaran la vida con tanta crueldad á su preciosísimo Hijo: no pudieron decir muchas palabras porque las lágrimas y sollozos les anudó la garganta, dejándolos sin aliento para hablar.

Hacian los ojos el oficio de la lengua, y bañados en lágrimas de sentimiento, solo hallaban alivio en sus lamentos. Recibiólos la Señora con cariño de Madre: agradecióles la buena obra, y les prometió el premio de la caridad que con su hijo tenían: dióles licencia para que bajasen de la cruz al Salvador; subieron por las escaleras y le quitaron la corona de espinas, que bien halladas estaban por haber mejorado de sitio, por lo que se resistían algun tanto; presentáronla á la Señora que regó con lágrimas de sus ojos, y aplicándolas á sus hermosas megillas, les decia: "¡Oh espinas de mi dolor! ¡oh puntas dichosas! ¿Cómo no mirasteis que era vuestro Hacedor á quien punzábais? ¿cómo heristeis la cabeza de mi amado Hijo por tantas partes, atravesándome á mí el corazon sin reparar lo que hacías? Dichosas las criaturas que os poseyeren en los futuros tiempos, pues mirando desde el cielo el que fué herido de vuestra crueldad inculpable, llenará de favores á quien os venere y adore."

Quitaron luego los clavos y se cayeron los brazos que sustentaron y sustentan toda la máquina del mundo. Saludólos la Señora, besólos y venerólos; y bajando aquellos piadosos varones el cadáver difunto de Jesus con gran veneracion, recibiole su Santísima Madre puesta de rodillas en sus purísimos brazos, y viéndose ya en la posesion de su amartelado Hijo, soltó el cauce de sus sentimientos y los diques de sus ojos. ¿Qué lengua

podrá explicar lo tierno de este paso? ¿Qué voces serán proporcionadas para manifestar lo que la Señora hacia abrazada con su Hijo? Suelte cada uno las velas de su devocion y engolfé su alma en mares tan anchurosos de amarguras, de tribulaciones y penas que cercaron á Madre é Hijo. San Juan y la Magdalena, José y Nicodemos con las demas almas piadosas que asistieron á aquel doloroso espectáculo, y mudas con la pena, con la tribulacion y amargura, no hacian otra cosa que llorar. *Alabado sea mi Dios y Señor.*

Acerquémonos ¡oh corazon mio! acerquémonos al Calvario, lleguemos á Jesus y María, acompañemos á San Juan y demas almas piadosas, para que con tan santa compañía demos culto al sagrado cuerpo de Cristo nuestro Redentor, que no es posible nos falten lágrimas para llorar, siendo tan justo el motivo del sentimiento. ¡Oh Jesus divino, oh mi sumo bien tan bueno! ¡Qué bien te pertenece el ser varon de dolores, pues no hay cosa ni parte sana en tu santo cuerpo! Desde las plantas de tus divinos piés hasta la cabeza te miro hecho una llaga: desolláronte vivo y te descoyuntaron todo. ¿Es posible que no tuviesen piedad con mi dueño? ¡Oh vida muerta! ¿Quién me hablará ahora palabras de eterna vida? ¡Oh mi difunto amor! dad licencia á esta alma que quisiera ser toda vuestra, para que llegue á vuestros sagrados piés, con el fénix de amor que la Magdalena. Menos, menos merezco, Dios mio, dejadme estar siquiera á la vista para ver gemir á vuestra tiernísima Madre, para atender á sus suspiros, para solicitar con mis lágrimas su alivio y para darle mi corazon de una vez. ¡Oh Señora mia! mucho es vuestro desconsuelo, y yo lo tengo grande

por haber sido la causa de vuestros ahogos sin cuento: besaré el suelo dichoso que regaron vuestras lágrimas, para que el flujo de ellas encienda en mi helado corazon el amor de mi Jesus. ¿Qué haré, madre mia, viéndoos tan triste? ¿Que haré viéndoos tan llorosa? ¿Qué hará mi alma para templar vuestra pena? ¿Cómo minoraré yo esa amargura? Mas ¡ay Señora, que aunque os miro tierna, yo estoy mas duro que una piedra. Vos dolorida y yo sin pena. Vos triste y llorosa, y yo sin lágrimas! ¡Mis ojos enjutos y los vuestros bañados en sangre! ¿Cómo no grito de sentimiento? ¿Cómo no me mata el dolor? ¿Por qué no espiro de una vez, conociendo que mis pecados pusieron así á Hijo y Madre? Yo por no dejar mis gustos dí muerte á mi Redentor: mis culpas le quitaron la vida con afrenta é ignominia. ¡Qué mal hice! ¿Cómo desharé yo este yerro tan cruel? ¿Cómo volveré yo á su divina gracia? ¿Cómo alcanzaré su amistad? A vuestras plantas, Señora, humildemente postrado confieso mis muchas ofensas cometidas contra vos: pidó á vuestra infinita misericordia el perdon de todas ellas, y confieso mis muchas miserias y mi suma obstinacion; y solo lo que mi corazon siente es no morir de pena humillado á vuestros divinos piés.

Señor, pequé etc,

DECIMACUARTA ESTACION

Puesto ya el cadáver Santo
En los brazos de María,
Contéplala tú alma mia
Y acompáñala en su llanto.

Considera, alma cristiana, en esta última esta-

cion, como aquellos piadosos varones sepultaron al Señor, y al corazon de la Señora en un sepulcro nuevo que preparó la caridad y les dieron de limosna. Considera tambien la soledad de María, su desconsuelo y amargura; cómo quedó sin Padre, sin Hijo y sin Esposo; huérfana, viuda y triste. Considera su justo sentimiento y acompaña la en tanta afliccion. *Una ave María.*

Considera ¡oh alma mia! que habiendo acompañado la Reina del cielo á su santísimo Hijo en su lastimosa pasion hasta verle espirar y bajarle de la Cruz, viendo quitarle de sus brazos despues y poner en el sepulcro el santo cadáver del Señor, primer paso de su soledad, con verdaderas lágrimas de madre y con cuanta ternura pudo su alma, suplicó á todos no le pusiesen en aquel sitio, sino que le depositasen en su pecho, para tener el consuelo de traer aquel Cordero de Dios. Y ya que no le podian hacer este favor, que le dejasen sola dentro del sepulcro con él, para esperar allí la luz de su resurreccion. Y viendo que por muchas razones no podian acceder á la peticion de la Virgen, arrojándose como herida sierva á la fuente de sus amarguras, abrazada con el santo cadáver, con ayes, suspiros y congojas, se moria de dolor por haber de separarse de Jesus; y temerosos todos de que se quedase muerta en este lance; levantaron á la Virgen, y cerrando el sepulcro con una grande piedra, dió el mayor golpe en el corazon de María, no dejando ya el menor resquicio de alivio á su alma, pues ni vivo ni muerto veia ya á su crucificado Hijo. Y abrazándose con el sepulcro, bañándole con vivas lágrimas, que hasta hoy dia perseveran impresas y congeladas en aquella piedra dichosa, en triste soliloquio, decia:

¡Oh amabilísimo Jesus de mi alma! ¡Cayó en este lago mi vida, y pusieron sobre mi corazon la piedra! Ya llegó, Hijo mio, la hora que se acabase nuestra compañía. Ya llegó la triste hora de que me lloren todas las criaturas, y ya llegó, por fin, la última de apartarme de tu sepulcro; pero dónde iré y moriré sin tu compañía? ¿cómo podré vivir sin tu vista? ¡Oh Hijo de mis entrañas! Aquí en este sepulcro he de perseverar de noche y dia aunque me consuma el frio, el sol y el agua. Si tuve valor en mi pecho para verte crucificado, muerto, y el pecho abierto á mis ojos, tambien tendré aliento en mi alma para estar en tu sepulcro sola. Gustosa aquí me estaría para estar siempre donde tú estuvieras, mas ya que no puede ser mi persona, sepultése contigo mi alma, pues es tan tuya; aquí la pongo á tus piés con todo mi corazon, imprimiendo en esta piedra mis lágrimas, para eterna memoria de mi soledad.

Se reza una ave María.

CONSIDERACION

¡Oh humano corazon! Considera que viendo el Evangelista San Juan que se llegaba la noche, le dijo á esta desconsolada Madre: "no dudo Señora lo sensible que te será ausentarte del sepulcro "donde yace el cadáver de tu amado, y retirarte "del Calvario que regó con su última sangre mi "Maestro; pero ni es decente á tu honestidad perseverar aquí, ni conveniente que entremos anocheciendo en Jerusalem; y así te ruego hagas á "Dios este nuevo sacrificio, que á no ser preciso, "no te persuadiría á este quebranto. Vamos, Señora y Madre mia, á mi casa, que es obligacion

"mía mirar por tu importante vida; y cuantos te miraren tan descaecida y necesitada, culparán mi cuidado, si no te procuro algun alivio." El deseo de obedecer María Santísima á San Juan, dió algun aliento á su corazon, y abrazándose con el sepulcro se despidió con este tiernísimo

SOLILOQUIO

¡Oh Hijo de mis entrañas Jesus! Ya me es preciso el separarme de aquí. Pero qué digo ¿cómo es posible el irme, si es el dejarte? Qué embarazo hallas en que yo aquí muera? Si ya se acabó tu pasion y tu vida, acábase también la mía arriada á esta piedra, y darán á mi cuerpo la honra de enterrarme junto á tu sepultura. Pero Hijo y Dios mio, no quiero la muerte si tú quieres que yo en tanta soledad viva; pues siendo tu querer el mejor, á este se rinde gustosa mi voluntad. ¡Adios, Hijo mio Jesus. Adios, Hijo de mi corazon! A Dios pido resucites con presteza, para que resucite mi alma. ¡Oh sepulcro del mas hermoso cielo! ¡Adios, tesoro del cadáver mas rico! ¡Adios, relicario del mas bello cuerpo: quédate en paz glorioso con mi Jesus, mientras voy yo á llorar mi soledad. *Ave María.*

CONSIDERACION

¡Oh compasivo corazon! Considera que entrando la Virgen en Jerusalem, los modestos sollozos que respiraba, las silenciosas lágrimas que vertia, y lo ensangrentado del manto y ropa que llevaba, iba diciendo quien era, y cuantos la miraban decian: ¡Oh cuánta injusticia se ha cometido hoy en

Jerusalen contra esta Señora, y contra su Hijo Jesus! Tal iba esta Señora, que solo de mirarla podian enternecerse hasta las mismas piedras: hasta la dura obstinacion judaica se compadecía de verla: salian de sus casas las doncellas y Señoras de Jerusalem, solo por ver aquella afligida Señora. Y enternecidas de lástima, unas la convidaban á llevársela consigo, y otras le ofrecian alimento, y muchas le acompañaron hasta la casa de S. Juan, donde con la mayor cortesía y amor les manifestó su agradecimiento á todos por aquella caridad y dándoles las gracias á las piadosas Marías, se les ofreció por su sierva toda su vida; y reconociendo ellas tal favor, besándole la mano, le pidieron descansase un poco y tomase algun alimento; á que respondió la Reina del Cielo: "mi descanso y alimento ha de ser ver á mi Hijo resucitado; vosotras carísimas de mi corazon, fortaleced vuestras necesidades;" y haciéndoles una humilde inclinacion se entró al mas retirado aposento á sentir mas á solas su soledad, y viéndose entre aquellas paredes, puestos sus divinos ojos en el suelo, cruzadas sus purísimas manos, entre suspiro y suspiro, decia este tiernísimo

SOLILOQUIO

¡Oh dulcísimo Hijo mio Jesus! ¿Dónde estás? cómo ya no te veo? cómo sin verte vivo. ¿Sepultado mi Hijo Dios, y yo sin morir? ¡No lo creyera de mi corazon! ¡Oh Juan, discípulo amado, muéstrame á tu divino Maestro. ¡Oh Magdalena! ¿dónde está aquel amabilísimo Jesus que tanto amabas? ¡Oh parientas mías, María Cleofas y María Salomé! ¿Qué se ha hecho vuestro pariente Je-

sus? Murió todo nuestro gozo, y murió en una afrentosa Cruz, clavados sus piés y manos, lanceado su tierno y delicado pecho, desnudo y desamparado de todos. ¿De qué hombre por malísimo que haya sido se lee tal vilipendio? ¡Oh Jesus mio! Anoche te presentaron, esta mañana te azotaron y sentenciaron, á mediodía te crucificaron, esta tarde te ví muerto y sepultado, y ahora tan léjos de mí que aun no puedo ver tu sepulcro. ¡Oh qué bien dijo el profeta: que mis amarguras habian de pasar amargísimas! Porque ¿qué amargura mas grande que esta soledad?

Una ave María y la siguiente

ORACION Á MARIA SANTISIMA

Dios te salve, tiernísima MARIA, divina, sagrada aurora, luna hermosa sin menguante, solitaria Madre, corderita mansa, dolorida reina, que angustiada y combatida de un mar de sangrientas penas, llorosa tortolita, buscaban tus ansias el desnudo tronco para llorar tu viudez, y el primero que encontraste fué el madero de la Cruz. Ya Señora y Madre mia, de aquella espada que empuñó la profecía del anciano Simeon, llegó hasta el monte Calvario su rigor, y hasta atrevesar tu materno corazón las puntas de su crueldad, el tirano Hebreo no la dejó de esgrimir, pues registraron tus ojos en el mejor árbol de la mayor genealogía, la mas soberana Sangre, pendiente de sus ramas, la mejor flor que la raíz de José produjo, cuyo renuevo glorioso labró el Espíritu Santo en la virginal tierra de sus entrañas purísimas, y á quien mis culpas, mis ingratitudes y maldades han ocasionado tanta borrasca de penas, tanta porcion de

llagas, tanta multitud de heridas, tanta tempestad de azotes y diluvio de tormentos. Por estos, por las siete palabras que habló en la Cruz, por las agonías que en ella padeció y por los agudos dolores que traspasaron tu alma cuando ya difunto tu Hijo te hallaste huérfana sin padre, viuda sin esposo, y Madre sin Hijo; y por el cruel desamparo que padeciste no hallando quien lo bajase de la Cruz, ni mortaja en que envolverle, ni sepulcro en que enterrarle, te suplico Señora y Madre mia, que en el trance último de mi vida, en las agonías de mi muerte, cuando no tenga boca para invocarte, ojos para verte ni accion para llamarte, entonces, Madre de piedad, vuelve á mí esos tus ojos misericordiosos: en aquel trance te espero: para aquella hora te aguardo y tu patrocinio imploro; no se pierda, Señora, pues tanto le cuesta á mi Jesus de penas, y á tí de dolores, mi pobrecita alma, que desde este punto para entónces con el corazón detesto cuantas ocasiones y asechanzas pueden ofrecirme mundo, demonio y carne. Y puesto que eres vida y dulzura, en tí se afianza para esta partida la esperanza nuestra: para aquella extrema necesidad á tí llamarnos los desterrados hijos de Eva; y para aquel trance á tí, María suspiramos; duélete Dolorosa reina, de nuestras miserias, haz que se parta mi corazón, y el de las criaturas todas, de un verdadero dolor, gimiendo y llorando las culpas que contraemos por nuestra mucha flaqueza en este valle de lágrimas, para que despues de este destierro, mostrándonos por tus penas y dolores á Jesus fruto bendito de tu purísimo vientre, merezcamos oír de su boca aquella dulcísima palabra: *hoy serás conmigo en el Paraíso de la gloria.* Amen.

ORACION Á CRISTO CRUCIFICADO

¡Oh Redentor de las almas, que diste la vida á la muerte, con la muerte de tu vida! Por aquellos pasos que anduvo esta Señora, bajando la calle de la Amargura, lavando con sus lágrimas vuestra sangre derramada, viendo donde cayó vuestra Magestad, donde os arrastraron, donde os encontró y miró con sus tiernísimos ojos, os suplico me deis verdadero conocimiento, y governeis mis pasos para que siguiendo en esta vida vuestras benditas pisadas, camine á la gloria, donde con el Padre y el Espíritu Santo para siempre vives y reinas. Amen.

FIN.

Todas las personas que rezaren y propagaren esta piadosísima devocion, tienen concedidos por muchos Sres. Arzobispos y Obispos, doscientos ochenta dias de indulgencias, y sacar ánima del Purgatorio.

(Se suplica se rece un *Padre Nuestro* por intencion de la persona que mandó hacer esta reimpression.)

